

corrupción que conllevan desprestigio a los sectores gobernantes, provocando la insatisfacción de la ciudadanía, rechazo y marginación de la participación política y aparición de líderes populistas. Referencia aparte merece el problema del narcotráfico, que cruza transversalmente a los otros nudos de conflictos y que se posesiona como «el gran problema» de la región. Hay que entender que Chile no estará libre de esta plaga, debido a que su sistema económico está siendo «elegido» para el lavado de dinero.

En todo caso, de producirse sin desarrollo económico próspero en la región, puede ser que una mayor solidez de los Estados, como resultado de ésta, permita una relación de alguna homogeneidad y fluidez con Estados Unidos. Aunque esto es lo deseable, por el momento, la crisis asiática no permite vaticinar nada en esa dirección.

Las amenazas

Cuando se trata de reflexionar acerca de un modelo o actitud política-estratégica, sin duda, que es imprescindible visualizar las amenazas que se perciben. Previamente, hemos podido observar que Estados Unidos ha definido desde hace algunos años una serie de amenazas que no se circunscriben necesariamente al ámbito de la Defensa Nacional y que por lo tanto no se resuelven —al menos inicialmente por la vía militar— pero que algunos países del continente ya han asumido y que indiscutiblemente son reales. Hay que tener presente, que estas amenazas, en algunos casos pueden llegar a convertirse en un problema tan grave para la seguridad nacional que podrían obligar a la solución militar como por ejemplo, la interrelación de guerrilla rupturista con algún signo ideológico violentista y narcoterrorismo.

Indudablemente que el riesgo más latente de enfrentamiento armado y por tanto de validez militar en el continente continúan siendo las hipótesis de conflictos interestatales. Estas hipótesis derivadas de inveteradas disputas fronterizas y antagonismos subsisten aún, ya sea como producto de inexactitudes limítrofes que datan de la colonia o por el desconocimiento de tratados que en algún momento se firmaron. Lo concreto, es que las diferencias históricas entre países, pese a estar resueltas en algunos casos, aún existen, y en los últimos 20 años hemos tenido dos guerras en el continente, en las que se vieron involucrados lamentablemente dos de nuestros tres países vecinos y un país paravecino. También las guerras ocurridas en el pasado pueden dejar una suerte de «sello» en sectores menos cultos de los países, que a veces, perturban las buenas relaciones con sus anteriores adversarios ya que crean un clima de odiosidad y desconfianza. Empero, pueden desencadenarse conflictos entre países, también, por otras razones, como es el caso de la competencia por los mercados, dependencia económica, medidas de protección ante crecientes inversiones de otro Estado o, lo que es más factible en el futuro, la lucha por recursos energéticos, hídricos o minerales ante el colapso que se avecina por causa de la depredación del planeta. Otra causa de conflictos es derivada de los procesos de integración, porque a mayor integración, hay más riesgo, de que existan posibilidades de roces. También, hay un riesgo derivado de la propia situación internacional ya que luego del término de la confrontación Este-Oeste, se produjo una pérdida de la influencia de las superpotencias en la región y por supuesto, un menor alineamiento de los países, lo que puede alentar a algún Estado a sentirse muy independiente y fortalecido para llevar a cabo algún tipo de agresión.

Otras posibilidades de conflictos son derivadas de la globalización pues las fronteras se reconocen como virtuales o abstractas, superando el antiguo concepto de límite físico. En ese contexto, la economía de mercado rompe con el esquema anterior e incluso potencia posibilidades de conflicto más allá de las fronteras de los propios países, justificando que éstos se produzcan en el lugar donde colisionan los intereses, aunque ese espacio geográfico esté distante de las fronteras reconocidas. Se añade la concepción de bloque o conjunto de Estados que defienden intereses comunes. Lo descrito no atañe por el momento a los países de la región, pero es necesario tenerlo contemplado para el futuro si es que se mantienen las premisas del mercado y la globalización. Por lo tanto, no se puede descartar absolutamente el riesgo de conflicto en América Latina.

Otras amenazas, pero que se inscriben en un ámbito más amplio que la Defensa Nacional, son las que se vinculan al narcoterrorismo, movimientos migratorios masivos y descontrolados que persiguen mejores perspectivas de vida y que se dirigen hacia países o zonas de mayor prosperidad y posibilidades. Estas conductas producen inestabilidad y pueden fatalmente convertirse en fuentes de conflictos de carácter étnico, muy difícil de controlar, ya que coexisten solidaridades transnacionales que apoyan estas causas reafirmandolas. Aquí vale la pena colocar el acento en los posibles conflictos al interior de los Estados, provocados por la pobreza y desigualdad y que, asumidos por grupos violentistas y extremistas, pueden desestabilizar el orden interno y la seguridad del Estado, incluso «revistiéndose» ideológicamente. Otras situaciones tipificadas como amenazas, tienen un origen diferente y se distancian aún más de la función natural u original de las Fuerzas de Seguridad, como son el empleo de fuerzas militares en desastres naturales o en la protección del ecosistema.

La seguridad común

La seguridad es un concepto muy amplio y por lo tanto sujeto a múltiples definiciones. Quizás, el gran desafío es precisar el ámbito de la seguridad, lo que no es fácil, evitando incorporar todas las actividades del país como componentes de ésta. No hay duda, de que los problemas de la seguridad pueden finalmente repercutir globalmente en el Estado-Nación, pero tampoco se trata de ampliar tanto la seguridad, que llegue a transformarse en un concepto estéril e inabordable.

Hoy, hay que reconocer que, debido a la globalización, la aparición de nuevos fenómenos y su interrelación entre ellos con el consiguiente repotenciamiento, han obligado a incorporar nuevos temas a la agenda de seguridad, los que, obviamente, tienden a conceder una nueva connotación al concepto.

Ahora bien, para los efectos de alcanzar un rango mayor de seguridad regional, las opciones son, básicamente dos: generar «un sistema» con su respectiva organización o, si se prefiere, «un ambiente» de seguridad, más pragmático y casuístico. Pero, lo concreto e importante es que el propósito debe ser asegurar la paz, estabilidad y equilibrio en la región.

En lo referido a la seguridad global de la región, se percibe que en el mediano plazo no hay para América Latina posibilidades de amenazas exógenas que la obliguen a constituir un sistema defensivo integrado. Por su parte, el Sistema Interamericano de Seguridad

(SIS) perdió gravitación paulatinamente desde hace varios años por un conjunto de razones que tienen su culminación con el término de la guerra fría y los cambios que se producen en el mundo al inicio de esta década. La existencia del SIS nos dejó algunas experiencias. Como, por ejemplo, la inconveniencia de que coexistan miembros débiles y poderosos en un órgano de este tipo, ya que estas asimetrías producen finalmente quiebras. Efectivamente, se pudo observar que con motivo de la guerra de las Malvinas, Estados Unidos se vio forzado a optar entre dos aliados, inclinándose por la Alianza Atlántica. La otra experiencia, tiene íntima relación con la anterior y se refiere al hecho de que al estar una potencia en el sistema, ésta puede desvirtuar el sentido del mismo al vincularlo con otros intereses deducidos de su condición hegemónica o bien instrumentales a otras alianzas en que participe. Otra experiencia, es que la potencia mayor puede tener especial interés, dado su importancia estratégica, por algunas áreas o países, en desmedro de otras. No es secreto, por ejemplo, que para Estados Unidos tiene una mayor relevancia los países del Caribe y Centroamérica, que los Estados de más al Sur. Hay que tener presente, de todas maneras, que puede surgir algún replanteamiento de Washington en los grados de interés por algunos Estados, por causa de situaciones que tengan repercusión interna en Estados Unidos.

En el caso de que el grado de integración alcanzado en la región recomiende generar un sistema común de seguridad, o incluso de defensa, hay que considerar que los países en el mundo actual, en especial cuando tienen intercambios económicos diversificados, prefieren la multilateralidad y la eliminación de barreras de cualquier tipo. Por lo que se estima que antes de participar en un sistema integrado es más aconsejable, al menos por el momento, adherirse a un conjunto de acuerdos de carácter coyuntural o de instrumentos de aplicación por casos, como exigir asimismo, el respeto irrestricto a los tratados que han resuelto ya las divergencias territoriales. También, aunque no requieren teóricamente de solución militar, hay que aceptar los nuevos temas en una agenda de esta clase, ya que son preocupación del sistema internacional global. Estos temas se encuentran detallados en la II Cumbre de las Américas, en el documento titulado *Declaración de Santiago* (3).

Sin embargo, es necesario tener presente que un sistema de seguridad de carácter colectivo debe basarse en dos elementos fundamentales: tener una amenaza común y comprometer una respuesta solidaria. En todo caso, repetimos, no se visualiza una amenaza de tipo militar para el continente y las existentes no precisan de una respuesta común. Más aún, el uso de la fuerza está proscrita en el orden internacional y sus excepciones están definidas claramente en el Capítulo VII, de la Carta de las Naciones Unidas.

Habida consideración de que no existen las condiciones para un sistema de seguridad que obligue a algún compromiso, es interés de los gobernantes americanos estimular el diálogo con miras a fortalecer un sistema interamericano, dada la debilidad del existente, comprometer esfuerzos para que la solución pacífica se realice por medio de mecanismos con apego al Derecho Internacional y a los tratados vigentes y desarrollar medidas de confianza mutua que distiendan a los países con situaciones tensas y que, a la vez, generen un clima de confianza y entendimiento entre las fuerzas militares (4).

(3) *Declaración de Santiago*, II Cumbre de las Américas. Santiago de Chile, abril de 1998.

(4) Véase *opus citada*, *Declaración de Santiago*, en el párrafo correspondiente a «Fomento de la confianza y la seguridad entre los Estados», pp. 15 y siguientes.

En la misma *Declaración de Santiago* ya citada, resultante de la reunión de mandatarios, se acuerda lo siguiente:

«Continuarán (los gobiernos) promoviendo la transparencia en materia de política de defensa, entre otros aspectos, en lo que se refiere a modernización de las Fuerzas Armadas, a la comparación del gasto militar en la región y al perfeccionamiento del registro de armas convencionales de las Naciones Unidas» (5).

Por el momento, y derivado del documento a que se han adherido los gobiernos, la situación no está resuelta, pero está en la agenda de los mandatarios del continente.

La estrategia de disuasión

Consecuente con esta idea, pero con anterioridad a este documento, nuestro país publicó su *Libro de la Defensa Nacional*, ampliamente consensuado y con participación de vastos sectores de la vida nacional especialistas en el tema de la defensa, ubicándose a la vanguardia en esta materia en el contexto regional. En el precitado libro se dictan los lineamientos para una política de defensa, que se espera exceda a las coyunturas y se transforme en una política de Estado. Empero, lo central en este libro es que apuesta a la disuasión como el modo o modelo político-estratégico elegido para evitar que un presunto conflicto escale hasta la solución militar.

Sin embargo, esta modalidad no constituye solamente una opción para el caso nacional, sino que también, resulta el procedimiento elegido por otros países del continente.

Es importante identificar desde una perspectiva teórica y práctica este modelo político-estratégico que imperará en América Latina, ya que sólo así podremos comprender las eventuales acciones a realizarse en el nivel político-estratégico o, incluso, de ocurrir o de constituirse lamentablemente en inevitables, las posibles acciones militares que se lleven a efecto en el campo estratégico-militar.

No es fácil entender lo que es la disuasión, y las más de las veces resulta complejo y discutible, debido a que este procedimiento —que es muy antiguo— se suele confundir con la actitud natural o espontánea del ser humano o un país que sintiéndose inferior a su contrincante quiere evitar una agresión. También se confunde con el hecho de, simplemente, poseer Fuerzas de Seguridad y de creer que por su sola existencia no se ha tenido conflictos o guerras por tiempo prolongado. Todas estas circunstancias, normalmente, se consideran como actitudes disuasivas o consecuencias de una buena disuasión. Pero la verdad es muy diferente, ya que hay una poderosa razón por la cual no pueden quedar establecidas estas circunstancias como un modo o modelo político-estratégico; a lo más pueden reconocerse solamente como una disuasión «aleatoria».

La razón poderosa es que la disuasión como actitud o modelo político-estratégico es «voluntarista». Esto significa que es una actitud decidida, responsable, planeada y organizada de un país. Por lo tanto no es ni aleatoria, ni casual. Es fundamental, entender que habrá, entonces, una disuasión latente que se lleva a cabo básicamente en el nivel político-estratégico y una disuasión manifiesta con la combinación de los dos niveles. Puntua-

(5) *Opus citada*, p. 16.

lizar este concepto es primordial antes de entrar a analizar el concepto teórico para posteriormente operacionalizarlo.

La disuasión precisa de algunos requisitos que son fundamentales, tales como la capacidad física para infligir el daño, mostrar el poderío y ser creíble. Esto último se obtiene con una sola medida, esto es «la voluntad política de empleo de la fuerza». Esta decisión es «el soplo» de vida de la disuasión, ya que de no existir la voluntad de empleo de la fuerza, será percibido por el potencial adversario y, además, dejará inerte las otras dos medidas. Otro aspecto a considerar es que la disuasión no tiene apellido, en el sentido de ser defensiva u ofensiva. Ese propósito es secreto y sólo para consumo interno o para ser revelado por la Historia. Lo que sí puede hacerse evidente es que no se poseen afanes expansivos tendientes a agredir a un Estado-Nación para obtener objetivos en territorios ajenos o bien expresar que la política de defensa es de carácter defensivo. Pero, repito, a la disuasión que se pone en ejecución, no se le coloca un adjetivo ya que la inhabilita. En resumen, los resultados de la disuasión están íntimamente relacionados con la opinión que tenga la contraparte de nuestra capacidad de victoria.

Para intentar aclarar el contenido de la disuasión, hay que recoger lo escrito por el general francés André Beaufre, en su obra *Disuasión y estrategia*, donde expresa los preceptos en que se funda esta estrategia. Es importante enfatizar que el general Beaufre elabora este trabajo en el contexto de un mundo bipolar donde la amenaza de guerra nuclear era efectiva. Influenciado por esa realidad, el afirma con propiedad esta sentencia:

«Ninguna explicación de la situación estratégica actual es satisfactoria sin una definición de la situación nuclear, ninguna definición de la situación nuclear es posible sin un conocimiento de las leyes que rigen la disuasión» (6).

Al estudiar la definición que plantea el autor, podemos extraer las siguientes ideas: impide que el adversario tome las armas, mediante la existencia de una amenaza suficiente, que tiende a un resultado psicológico. Se trata, entonces, de que el eventual adversario mida el riesgo que corre con desencadenar la crisis, ya que la respuesta le producirá daños en el orden político, económico, social y moral de los cuales no se recuperará fácilmente. Por ello, el daño material y los factores psicológicos juegan un papel decisivo en el modelo. Estas ideas, constituyen el hilo conductor del concepto.

Para el general francés, hay otro elemento que es fundamental: primeramente aceptar, para involucrarse en una tarea disuasiva, esto es el factor nuclear. En efecto, con la intervención de éste nace un fenómeno nuevo debido a que ya no existe un vencedor y un vencido, en atención a que los daños que ambos contendientes sufrirán serán demolidores. Bajo esta consideración, Beaufre piensa que en este escenario se debe evitar la acción militar y lograr la victoria paralizando al adversario, mediante la acción indirecta. En suma, no se trata solamente de atemorizar al adversario sino de que se trata, asimismo, de «ocultar» el propio temor realizando acciones que demuestren lo contrario. Lo anterior, porque existe conciencia absoluta de los daños que conlleva la guerra nuclear. A esta situación se le bautizó como «el equilibrio por el terror», axioma, este último, que rigió durante la guerra fría.

(6) BEAUFRE ANDRÉ. *Disuasión y estrategia*, p. 26, Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1996.

El estratega francés afirma que la disuasión es la clave de la estrategia contemporánea —obviamente se refiere a los años sesenta— ya que mediante solamente ésta es posible mantener la paz, el *statu quo* territorial, limitar la intensidad y extensión de los conflictos y paralizar la acción del adversario. Le adjudica, por lo tanto, una misión múltiple, que transita entre lo defensivo y ofensivo, por lo que el general y escritor afirma que para aproximarse a desentrañar el concepto de disuasión se requiere de un análisis muy fino (7).

Si recogemos lo señalado por Beaufre, y lo trasladamos a la actualidad, veremos que los propósitos de la disuasión rigen y son deseables para el mundo actual, salvo su determinante nuclear. En este punto, hay que detenerse para revisar lo que el autor nos señala, dado su vigencia, al menos en el ámbito teórico.

La disuasión para Beaufre es eminentemente nuclear, ya que mediante este ingenio se consigue reemplazar la guerra por la amenaza potencial. Al respecto, es bastante optimista y los hechos de los años setenta, ochenta y noventa hay que reconocer le concedieron la razón en sus postulados de que la amenaza atómica garantiza más la paz que las armas convencionales (8). Pero el general profundiza mayormente en esta idea debido a que no le convence la disuasión clásica o convencional, expresando que:

«La carrera de armamentos clásicos crea inestabilidad, en tanto que la carrera nuclear origina estabilidad» (9).

Salvo, debo añadir, cuando se lleva a cabo en países que no tienen una disciplina político-estratégica o están liderados por sectores fanáticos o descontrolados poseídos de visiones mesiánicas.

Retomando el pensamiento de Beaufre, hay que retener su tesis de que la introducción de las ansias atómicas es el único medio para estabilizar el nivel clásico. ¿Pero cuál es el fundamento para su pesimismo? En primer lugar, las contradicciones en la visión ofensiva-defensiva entre la disuasión nuclear y la convencional. En segundo lugar, señala que al desarrollar una de las partes con más capacidad ofensiva que la otra se genera un clima de inestabilidad. En tercer lugar, porque la victoria en la guerra clásica es unilateral, mientras que en la nuclear la destrucción es bilateral. En cuarto lugar, la simple esperanza de éxito de una de las partes puede desatar una agresión. Esta última idea la desarrolla más detalladamente con una teoría que denomina la dialéctica de las esperanzas de éxito» (10).

Pero el pensamiento de Beaufre, no se queda solamente en la defensa de la disuasión nuclear pues en otra parte de su tratado reflexiona acerca de la posibilidad de combinar los esfuerzos de la disuasión nuclear con la clásica, resumiendo su idea así:

«Ligando entre sí los niveles nuclear y clásico, esencialmente con las armas atómicas clásicas, se aporta al segundo la estabilidad de que carecía y se devuelve al primero el riesgo elemental de inestabilidad que necesita para seguir desempeñando su papel de gran estabilizador» (11).

(7) Para profundizar se recomienda consultar la *opus citada* de André Beaufre.

(8) *Opus citada*, p. 42, de André Beaufre.

(9) *Opus citada*, p. 74, de André Beaufre.

(10) *Opus citada*, p. 80, de André Beaufre.

(11) *Opus citada*, p. 76, de André Beaufre.

La disuasión en el contexto regional

Ahora, teniendo a la vista estos parámetros, cabe preguntarse ¿Cómo interpretamos la disuasión a nivel regional? Afortunadamente, en nuestro continente el desarrollo nuclear con fines militares está restringido, en alguna medida, por los tratados de Tlatelolco tendientes a la desnuclearización de la región y el de no proliferación que persigue limitar el desarrollo de armas nucleares. Ambos documentos son diferentes pero muy relacionados. Hay que considerar como dato que, al momento de la firma del Tratado de Tlatelolco, no todos los países tenían el mismo nivel de desarrollo tecnológico en este campo, quedando por lo tanto un desnivel. El Tratado de No-Proliferación, por su lado, es discriminatorio debido a que impone condiciones desiguales. Empero, los documentos existen y se espera que cumplan su objetivo.

Los últimos acontecimientos entre India y Pakistán obligan a mostrar cierta cautela al analizar este tema.

La disuasión opera, como sabemos, en los niveles político-estratégico y estratégico. A mi modo de ver, y en la idea de no extendernos demasiado en este punto, quiero señalar que en el nivel político-estratégico se pueden llevar a cabo múltiples medidas, pero no hay nada que tenga mayor relevancia y que sea más disuasivo que un país unido, sin divisiones, económicamente fuerte, políticamente estable y dotados de Fuerzas de Seguridad de alta eficiencia, muy prestigiadas al interior y exterior del propio país. En el campo estratégico, por su lado se requiere de un instrumento militar, al que me dedicaré a continuación.

Desde esta perspectiva, y siempre y cuando se respeten los tratados, el modelo estratégico de la región, en los próximos años, será la disuasión clásica o convencional. Pero en la lógica de la disuasión es procedente preguntarse: ¿Cómo opera la forma clásica, desprovista de la otra cara que sería la componente nuclear? ¿Es realmente la disuasión convencional un instrumento eficaz para evitar los conflictos? Vamos a tratar de responder estas interrogantes.

Para tener una idea clara y correcta de la forma como opera este tipo de disuasión, la que en definitiva va a «dibujar» la estructura y organización de los ejércitos del futuro en nuestro continente, hay que tornar como ejemplo el caso de países que ya han incursionado en este ámbito, aunque con matices.

Francia, por ejemplo, asumió hasta el pasado reciente como estrategia la modalidad de la combinación de ambas formas. Para ese efecto, aparte de la *Force de Frappe* dio vida a la Fuerza de Acción Rápida (FAR) en 1983, según opinión del actual jefe de Estado Mayor del Ejército, general Philippe Mercier, para: «dar credibilidad a nuestra disuasión» mediante la alternativa de proyectar a distancia y en corto tiempo un volumen considerable de medios de combate y por ende de fuego. En el mismo artículo que citamos, explica asimismo el general Mercier, que la FAR estuvo en todos los lugares donde estaban siendo amenazados los intereses de Francia (12). Al respecto, el general Baton, último comandante de la FAR, en el mismo artículo que citamos, ha señalado que la disolución de esta mítica unidad se explica porque el ejército profesional futuro será conformado análogo a la

(12) «L'épopée de la FAR», p. 23, *Terre Magazine* número 93, abril, 1998.

FAR. En resumen, el próximo ejército profesional de Francia será la continuación de esta fuerza de proyección, pero a nivel global, aclarando que mantiene de todas formas un nivel de disuasión nuclear para neutralizar adversarios al más alto nivel.

En lo que respecta a la disuasión clásica o bien para ejecutar la mencionada proyección-acción, los ejércitos de los países desarrollados tienden a estructurarse sobre la base de una configuración de fuerzas de despliegue rápido. Lo mismo ocurre, en alguna medida, con el Ejército español de acuerdo a lo previsto en el «Plan Norte». Por su parte, el general Forray, primer comandante de la FAR ha explicado que esta unidad obedecía a un concepto político-estratégico (13) y actuaba con una organización que se reflejaba en su lema de «*vite, fort et loin*», esto es «rápido, fuerte y lejos».

Actualmente, Francia ha adoptado una política de defensa que intenta resolver las llamadas hipótesis de compromiso (compromiso con la Organización del Tratado del Atlántico Norte y Unión Europea Occidental, contribución a las operaciones internacionales y la aplicación de los acuerdos de defensa) que se articula en una estrategia que se apoya en los siguientes conceptos: disuasión, prevención, proyección-acción y protección. El primer concepto se ejecuta sobre la base de la componente nuclear, fundamentado en el pensamiento de Beaufre acerca de la eficiencia de la disuasión nuclear. El segundo, fundado en la inteligencia y las fuerzas en presencia. El tercer concepto, sobre la base de la proyección a distancia del grueso cualitativo de las fuerzas, compuesta por una fuerza blindada, una fuerza mecanizada, una fuerza de intervención blindada rápida y una fuerza de infantería de asalto. El cuarto, por su parte, se trata de fuerzas capaces de superar las llamadas «nuevas amenazas» en el interior del país, tales como terrorismo, narcoterrorismo, etc. Como se puede apreciar, la nueva organización de los ejércitos europeos obedece a las necesidades de su particular realidad, que lógicamente no es la nuestra. Sin embargo, como referencia o guía para visualizar cómo se ejecutará a futuro la disuasión en el nivel estratégico-militar y más precisamente a las componentes terrestres, nos sirve incursionar en la tendencia anterior.

El lema de la ya histórica FAR francesa de «rápido, fuerte y lejos», resume en magistral forma como debe ser la estrategia de disuasión convencional para tener éxito. En efecto, se trata de alcanzar un nivel aceptable de temor en el presunto adversario. Para alcanzar este propósito, es fundamental poseer la capacidad de proyección de una unidad con aptitud para agredir en la profundidad del dispositivo o más bien en sus fuentes de recursos, rápidamente y con mucha fuerza y letalidad. Este tipo de operaciones convencionales produce un daño en el más breve plazo lo más «cercano» a lo nuclear, como sabemos, única forma segura y eficiente —según Beaufre— de lograr la neutralización del adversario y superar el conflicto o bien la crisis.

Esta circunstancia me lleva a pensar que, en el futuro, todos los Estados que asuman a la disuasión como estrategia o modelo, tendrán que estructurar sus ejércitos bajo estas premisas. Esto es, con alguna modalidad de capacidad de proyección similar a las denominadas FAR o de despliegue rápido europeas. Ésta sería la respuesta a la primera interrogante que nos hemos planteado.

(13) El hecho de que obedeciera a un concepto político-estratégico, explica su vinculación con la disuasión.

Respecto a la segunda pregunta, afortunadamente para el mundo, los hechos le han dado razón a Beaufre, en el sentido de que la disuasión nuclear y su equilibrio por el terror impide los conflictos. No obstante, no podemos decir lo mismo de la disuasión convencional, ya que no ha sido posible evitar las guerras en los últimos 50 años más aún proliferan con mayor intensidad. Lamentablemente, el dramático resultado de la destrucción bilateral sigue siendo el gran argumento. Sin embargo, creo que la disuasión clásica en los términos que la enuncié, esto es «rápido, fuerte y lejos», puede constituirse en un elemento que tienda a neutralizar a un adversario de menor preparación. En resumen, la disuasión es cara, o para enfatizar más aún, muy cara ya que de realizarse con fuerzas militares clásicas, éstas deben ser muy modernas con gran desarrollo tecnológico y armamento sofisticado.

Los desafíos del continente en el nivel político-estratégico

En los primeros 50 años de este siglo las guerras se manifestaron en el centro del mundo, tomando como centro a Europa. En cambio desde la posguerra los focos han aparecido en la periferia del planeta, exceptuándose América Latina.

En efecto, salvo, el foco de conflicto que se puede observar entre Ecuador y Perú, en la cordillera del Cóndor, situación que por el momento es impredecible, y la violencia guerrillera en Colombia, el continente americano es una región de paz, a diferencia del resto mundo, donde cada día se observa con mayor pavor como aumentan las guerras.

Por lo tanto, un desafío político-estratégico de la región es, inobjetablemente, mantenerse como un continente libre de conflictos y guerras. Para lograr aquéllo es menester consolidar una estabilidad política y económica en la región, superando las situaciones de pobreza y marginación, caldo de cultivo estas últimas de crisis de las más diversas índoles.

Como lo expresamos al comienzo de esta exposición, la sociedad moderna occidental, que es a la que pertenecemos, basa su estructura hoy, en tres pilares a saber: la democracia como sistema político, la economía de mercado como procedimiento económico y la integración como mecanismo de relación entre los países. La globalización, por su parte, constituye el escenario donde operan las tres variables anteriores tan consensuadas y consolidadas que, dicho sea de paso, llevaron a concluir a Fukuyama, no siempre bien interpretado, que la Historia a partir de estas premisas terminaba.

En consecuencia, nuestro continente, como parte de la sociedad occidental, debe asumir estas consideraciones, adecuando el proceso a su propia y específica realidad, pero sin desnaturalizar las premisas. Lo señalado pasa por profundizar las instancias de integración existentes o ensayar otras alternativas nuevas. Actualmente en el continente existen diversos instrumentos de integración tales como acuerdos bilaterales entre países, los Grupos de los Tres y de Río, la Comunidad Andina de Naciones, Mercado Común Centroamericano (AICA) —todavía en el nivel de comisiones— y el que más interesa a nuestro contexto, el Mercosur.

Cualquier proceso de integración, eso debe quedar muy claro, tiene que inscribirse en los intereses que cada país posee, respecto de su política externa y estado de desarrollo.

Entonces, será obligación de los países, en el futuro, colaborar para que estos pilares que los igualan en metodologías políticas, económicas y sociales se mantengan ya que de esa forma se facilitarán los entendimientos, diálogo, consensos y acuerdos.

La gran amenaza global para América Latina a futuro, y que trasciende a la seguridad nacional de los países en particular, es la falta de recursos de toda índole que podría ocurrir, con los consiguientes resultados negativos en términos de desequilibrios, inestabilidades y conflictos de diferentes órdenes. El continente y cada país deberán tener en cuenta la trascendencia de medir prospectivamente el ingreso *per cápita* mínimo, recursos disponibles, distribución de calorías y agua por habitante y las tasas de crecimiento de la población, para adelantarse a los acontecimientos. Hay que tener en cuenta que los habitantes en nuestro continente se han duplicado en 25 años, pasando de 200 millones en el año 1970 a 450 millones en 1998, esperándose al 2023 más o menos unos 600 millones para las mismas extensiones territoriales. Hay que considerar, que pese a este cuadro, hay países como Chile, Argentina, Uruguay, Costa Rica y Cuba, con menor crecimiento. Estos, últimos países verán en el futuro aumentado su gasto provisional como asimismo podrían mostrar déficit en población joven en algunos lugares.

Sin embargo, el futuro se plantea optimista debido a que el índice de crecimiento de la región ha subido desde el 0,3% de 1995 a 3,4% en 1996, con el interesante aporte de Chile con una media del 7%. Estos guarismos indican el éxito de los procesos económicos desarrollados por los países del continente en los últimos años, que han superado problemas como proteccionismo excesivo y papel del Estado muy gravitante, con incremento de flujos de inversiones extranjeras, privatizaciones y crecimiento económico fundado en el alimento de las exportaciones. Con estas defensas se presume que la actual crisis podría superarse, incluso antes de lo previsto. De todas maneras, hay que ser prudentes en la proyección a futuro, puesto que aún no se puede superar el nivel de pobreza que en nuestro continente se traduce en cifras, todavía, muy altas. Por esto es que ha resultado difícil, la conciliación de las demandas de la productividad con la cohesión social. Esta circunstancia produce miseria, violencia y posibilidades de que se incremente la drogadicción, en suma, inestabilidad.

Teniendo a la vista estas perspectivas se puede percibir que el escenario político estratégico, siendo optimista, tiene algunos obstáculos o al menos situaciones que ameritan ciertas precauciones.

En primer lugar, existen las amenazas intraestatales, expresadas en estallidos armados por causas múltiples, emergencia de autoritarismos y estallidos por causas sociales. En segundo lugar, los conflictos interestatales.

Las amenazas, que señalamos como propias de la seguridad nacional al inicio de este trabajo, se inscriben en el contexto de intraestatales y pueden, según sea el caso, emerger desestabilizando a uno o varios Estados, con el consiguiente desequilibrio regional. Los resultados pueden ser estallidos armados por causas múltiples o estallidos armados por desigualdades sociales, según sea el caso. Por su lado, la emergencia de autoritarismos se refiere a personas que, asumiendo actitudes populistas, pueden acceder al poder, como también de instituciones, tales como determinados partidos políticos de muy larga data en el poder y sin contrapesos, que en definitiva son reflejos de sistemas políticos que no son capaces de representar los intereses diversos que emergen de una sociedad compleja.

Los conflictos interestatales obedecen a otra lógica y sus raíces pueden ser históricas y constituyen en América Latina, sin duda, una fuente de amenazas latentes que, incluso, pueden emerger manipulados especial e intencionadamente como una forma de desviar la atención de la población ante problemas internos.

Sin embargo, la existencia de un futuro que debe asumirse lo más unidos posible debería consolidar un proyecto propio con visión global de desarrollo, manteniendo las especificidades, asimismo como un mecanismo de seguridad regional, a estudiarse en su configuración y que asegure la solución pacífica de las controversias.

Pero, ¿cuáles serían los problemas que podrían dificultar un clima de entendimiento?

Los problemas fundamentales son la inexistencia de una visión común para enfrentar los retos del futuro, debilidad de los mecanismos de seguridad, la desigualdad entre las realidades internas de los países, que impide que los intercambios sean equitativos, diferendos fronterizos y desconfianzas que no permiten un control del gasto en armamentos, existencia de países con serias convulsiones internas, debilidad de los sistemas políticos y/o económico en algunos países y eventuales tendencias a consolidar un grado importante de hegemonía.

Ahora, ¿cuáles serían los aspectos que favorecen un clima de entendimiento?

Estos aspectos son el término del alineamiento propio de la guerra fría, el surgimiento y fortalecimiento de instancias de diálogo, desarrollo de esquemas de cooperación, adhesión a las iniciativas para conservar la paz y el promisorio desarrollo de la región.

Finalmente, quiero señalar que he encontrado dos magníficas frases muy antiguas, que reflejan la esencia de la disuasión:

Mejor y más segura es una paz cierta, que una victoria esperada. TITO LIVIO.

Un general nunca confía tanto en la paz, como para dejar de prepararse para la guerra. SÉNECA.